

ENRIQUE DE OSSÓ Y GAUDÍ

La Casa Madre de las Hermanas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús es la síntesis de tres vidas. Enrique de Ossó la suscitó con su esfuerzo, Antonio Gaudí la realizó con su arte y Teresa de Jesús la animó con su espíritu. Si alguno de los tres hubiera faltado a la cita que se dio en la calle Ganduxer, aquella casa no sería hoy esta obra de arte” (1).

Cómo se llegó a este encuentro no es tan fácil de determinar. Haciendo un poco de historia, se pueden encontrar algunos indicios. Y es lo que se intentará hacer en esta nota.

Origen del edificio

Para conocerlo hay que recurrir indispensablemente a la *Revista Teresiana* en la que se da la motivación de la empresa, se comunica el inicio de las obras y periódicamente se va informando de la marcha de las mismas.

En marzo de 1888 se firmó la escritura de compra de un terreno de 26.104 metros cuadrados en el barrio de San Gervasio, estación Bonanova del Ferrocarril de Sarriá. El coste del terreno ascendió a la respetable – entonces – suma de 130.000 ptas. Más respetable aún si se tiene en cuenta que en el momento de la compra, en la caja del Instituto había...una peseta. En ese terreno se habría de construir:

“...la casa colegio modelo de estudios generales de toda la Compañía, un pensionado de alumnas internas, donde las Hermanas estudiantes al estar convenientemente habilitadas podrán prácticamente instruirse en el ejercicio del Apostolado de la enseñanza...El presupuesto de la Casa-Colegio general de estudios con su correspondiente Iglesia no baja de trescientos mil duros, sin contar el valor del terreno...” (2).

Para hacer frente a los gastos se anuncia la emisión de bonos de cooperación de distintos valores, que oscilaban entre las “veinticinco a veinticinco mil pesetas” (3). El P. Ossó da más detalles de estos bonos en algunas de sus cartas. Así, escribe a la M. Saturnina Jassá, superiora general del Instituto:

“Van unos títulos Subvenciones. Uno lleno, para modelo y cuatro de su devoción en ésa, si puede. Quédese copia para el talón. Ya tenemos 12 despachados en un rato. Hay una serie de Santa Teresa de 100, 300 y 600 duros. De San José de 1.500, 3.500 y 3.800 duros. Y además hay unas pocas de la Purísima Concepción de 24.000 pesetas y del Corazón de Jesús de 25.000 pesetas. Si hay mucha devoción mandaremos de ésta también mañana” (4).

Ya entonces se anunciaba también que el último piso de la Casa estaría destinado a Ejercicios espirituales, y que “podrán pasar allí todos los años nueve días los bienhechores principales sin dispendio alguno, teniendo participación principal en todas las buenas obras que hagan las Hermanas que la habiten” (5).

El proyecto inicial fue encomendado a un arquitecto cuyo nombre se desconoce. En la *Revista Teresiana* de ese año se describe la sección por la que se iniciarían las obras y se acompaña con un grabado.

“Damos en este número la portada o fachada menos principal del Colegio, que es la que, con el favor de Dios, se hará primeramente. Mide 60 metros de longitud, 18 de anchura y 17 de altura. Faltan a los dos extremos dos cuerpos salientes de 10 metros de longitud cada uno, que se harán al desarrollarse el plano general del edificio. No obstante, con esta parte del Colegio habrá local más que suficiente para cien pensionistas y otras tantas Hermanas, teniendo las clases, dormitorios, refectorios, y escalera cada sección completamente independiente” (6).

En octubre del 88, la *Revista Teresiana* anuncia:

“Las obras del Colegio han recibido en este pasado mes grande impulso. Tienen las paredes cerca de dos metros de altura; y concluida una parte principal y más necesaria de cerca de todo el perímetro de la finca” (7).

En enero de 1889:

“Podemos comunicar con gran satisfacción a nuestros lectores que las paredes exteriores del Colegio están ya a la altura del primer piso, excepto en el pequeño lienzo de la parte Noroeste” (8).

Para marzo, se solicitan limosnas para reemprender las obras, con las cuales

“...quedará ya terminada hasta el primer piso, colocadas las vigas de hierro y hecha la bóveda del piso” (9).

Abril anuncia que

“se halla ya cubierta hasta el primer piso, y en disposición de empezar a cubrir hasta el segundo” (10).

Y por lo que se sabe, hasta aquí llega la intervención del anónimo arquitecto de los comienzos.

Aparece Gaudí

En la Revista de mayo aparece por primera vez el nombre de Antonio Gaudí en relación con el edificio que quedará indisolublemente unido a su nombre hasta tal punto que hizo olvidar con frecuencia esos primeros pasos que le precedieron. Un poco anterior a esa fecha, existe una carta del P. Ossó, dirigida a la M. Rosario Elíes, encargada de las obras, en la que dice:

“Si puede mandar al Sr. Gaudí arquitecto *100 duros* con una tarjeta de Pascua a cuenta por los planos, haría una buena obra. Si no puede, déjelo en silencio” (11).

M^a del Carmen Ramos, en su monografía, señala que D. Enrique recurrió a Gaudí por indicación de D. Francisco Marsal, amigo común. No documenta su afirmación, y no se han podido encontrar datos a favor o en contra de tal aseveración. Lo que sí se puede señalar es que no era Marsal el único amigo común de D. Enrique y Gaudí. La misma *Revista Teresiana* ofrece otro dato que no puede dejarse de notar: la amistad del P. Ossó con D. José Bocabella, “iniciador de esta obra – Templo de la Sagrada Familia -, fruto a la vez del *Propagador de San José*, que empezó a ver la luz en Barcelona cuando todavía cursábamos en el Seminario (12). Es claro su interés por la marcha de las obras del Templo, y desde las páginas de la Revista las apoyaba con su entusiasmo. No resulta difícil suponer que en trance de tener que cambiar de arquitecto por razones que hoy se desconocen, Bocabella tuviera algo que ver con la elección del nuevo arquitecto, Antonio Gaudí. Posiblemente se podrían señalar más amistades comunes sin excesiva dificultad, pero entre todas, a la par de la de Bocabella, resalta por su importancia la de D. Juan Bautista Grau, Obispo de Astorga, que comisionó a Gaudí el Palacio episcopal de esta ciudad.

La amistad entre Grau y Ossó data de antiguo, sin que en este momento se pueda poner fecha cierta al comienzo de la misma. En 1884, 1885, a él – Juez de un tribunal eclesiástico en la sede de Tarragona – le tocó dar sentencia favorable a D. Enrique en el delicado pleito. Motivos relacionados con el mismo, le decidieron a renunciar a su puesto en ese Tribunal. El nombre del Dr. Grau aparece en cartas de D. Enrique de esa época (13). Se conservan igualmente cartas en que se habla del encargo hecho por el Obispo Grau a Gaudí (14), así como alguna en la que se menciona a ambos como invitados a la Casa de San Gervasio:

“El lunes próximo a las 8 de la mañana es la primera comunión de las niñas de este colegio. Se la dará el Sr. Obispo de Astorga y comerá en el Colegio, y

por la tarde subirán el Sr. Foguet, Almeda, Pou y Gaudí a tomar chocolate con dicho señor, Dios queriendo” (15).

El hecho es que la *Revista Teresiana* comunica a sus lectores en mayo de 1889:

“En este mes confiamos, con el favor de Dios y ayuda de las personas que tienen celo por las obras teresianas, quedará terminada parte del segundo piso de este importante edificio...La fachada, modificada por el inteligente arquitecto don Antonio Gaudí, álzase majestuosa y bella a medida que se hacen los pisos. Un cordón de anagramas de “Viva Jesús”, que es el lema de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, ciñe la base del primer piso; lo cual da carácter y esbeltez al edificio. Pronto se colocará en la fachada un grande escudo de la Compañía, que podrá descubrirse perfectamente por los viajeros que circulan en el tren de Sarriá. El remate del edificio que ostentará alguna de las insignias de la Seráfica Doctora, le dará todavía más realce” (16).

Y en carta a la Madre Saturnina, dice D. Enrique:

“Ya tenemos Colegio al primer piso. Será muy hermoso y se *estará bien*, como dice, Gaudí, el arquitecto. No habrá otro en Barcelona, ni tal vez en España. Sólo falta que lleguen recursos, pues la buena D^a Rosario hace lo que puede y no puede por tirar. Hay 23 maestros albañiles y esta quincena 8 más. Total, más de 68 hombres” (17).

Comienza el contacto entre estos dos hombres geniales en campos diferentes. Gaudí el artista, va a recibir una huella profunda en su vida del santo, del hombre de Dios: Enrique de Ossó. Esa huella, unánimemente reconocida por los biógrafos del arquitecto catalán, se va a traslucir en su obra de ladrillo, que no de piedra. El simbolismo de Gaudí toma caracteres del todo peculiares en la construcción de filigrana del “Colegio de las Teresianas”. Es, sin duda ninguna, D. Enrique de Ossó quien le introduce con mano firme y certera en el mundo del espíritu y de las alegorías teresianas, conduciéndole hasta el núcleo de ellas, con la del castillo de las Moradas. Y bajo este influjo, la Casa-Colegio cambia de aire para adquirir su actual fisonomía. No se encuentran en ella los típicos temas de la naturaleza. Todo el juego de simbolismos está dado por elementos teresianos: anagramas de Cristo, anagramas de Teresa de Jesús, escudos del Instituto, almenas, birretes doctorales desaparecidos durante la guerra civil; la forja de las rejas todas y en particular la de la maravillosa puerta de hierro que Gaudí se negó a confiar a la pericia de un herrero. Prefirió hacerla personalmente. La amistad y el respeto del uno por el otro llevaba a un trato de llaneza en el que Gaudí podía decir al sacerdote que trataba de frenar la fantasía del artista en aras de la economía: “cada cual a lo suyo, mosén Enrique. Yo, a hacer casas, Ud., a decir misas y predicar sermones”.

Gaudí admiró a D. Enrique, y D. Enrique al hablar de Gaudí decía que “su palabra es una escritura” (18), e insistía que no se pagasen cuentas que no estuviesen comprobadas y aprobadas por él (19).

Gaudí colaboró, o por lo menos orientó de alguna manera, en la edificación del Colegio Teresiano de Vinebre:

“No podemos ir ahora con el arquitecto Gaudí a ésa, porque ha de hacer el Palacio del Sr. Obispo de Astorga, que se le quemó y le ha escrito que vaya estos días allá, y al regreso iremos a ésa, Dios queriendo, pero será ya pasado julio, porque ha de estar algunos días allá. Aún será mejor entonces, porque tendremos más tiempo, pues si hubiésemos venido ahora no hubiéramos podido estar más que un día en ésa, porque también las obras de nuestro colegio llevan mucha prisa, y hay más de 35 maestros albañiles que trabajan” (20).

Y aunque no queden muchos datos, existió el proyecto de pedirle hiciera los planos para el Colegio teresiano de Montevideo, primera casa de la Compañía en América del Sur:

“La adjunta al Sr. Gaudí. Piden el plano de Montevideo para comprar terreno y hacerles colegio. Escribe Obispo y hermanas muy contentos al parecer todos, gracias a Dios” (21).

El edificio

El edificio que Gaudí realizó es sólo parte del proyecto total. Este se componía de tres naves en forma de U. Gaudí hizo la primera parte. Las dificultades económicas llevaron a la interrupción de las obras. El pabellón se habilitó para el uso en diciembre de 1889. Las clases del Colegio comenzaron en 1890. En 1912, muerto ya D. Enrique, las religiosas se pusieron de nuevo en contacto con Gaudí para reanudar las obras, pero no se llegó a un acuerdo. Gaudí no quiso aceptar modificaciones que se le pedían con respecto a sus proyectos, y propuso él mismo que continuase las obras otro arquitecto.

En el edificio predomina la simplicidad en materiales y en ornamentación. Edificio rectangular de planta baja y tres pisos. En ventanas, puerta de entrada y corredor del primer piso, lo característico es el uso de arcos parabólicos. Gaudí captó de D. Enrique la simbología teresiana y la tradujo en forma original y acertada. Pero captó también y en forma tangible la funcionalidad del edificio. Se nota de modo particular en el primer piso, originalmente zona sólo destinada a las religiosas. “Sitúa en un piso todos los elementos propios de un claustro gótico. No con el orden propio de los claustros, porque resulta imposible dado el espacio con que cuenta. Los arcos peraltados son cubierta de dos estrechos pasillos que corren a todo lo largo del piso. En el centro nos encontramos un bosque de pilares delgados de ladrillos superpuestos que serían los que rodearían el jardín de un típico claustro gótico. Este jardín también nos lo encontramos dos veces en este mismo corredor. Abierto a la luz, lleno de plantas, serviría a la vez para recreo y expansión de las religiosas, así como de paseo recogido en las horas de retiro y meditación. Se aprecia ya aquí el dominio de la luz que posee Gaudí. Entre uno y otro jardín, otro pequeño bosque de pilares.

El cruce por entre estos pilares va disponiendo a la intimidad, la luz va graduando nuestra alma a la vez que nuestros ojos” (22).

Símbolos religiosos

La cancela de entrada es el escudo del Instituto: la cruz que la remata es la del monte Carmelo con la estrella (María). A los lados el corazón transverberado de la Santa y el de Cristo coronado de espinas. Ambos despiden llamas y se encuentran en el centro de espirales radiantes.

Las rejas de la retícula cuadrada que sirve de mirador a la puerta de entrada están adornadas con las iniciales ST. En el umbral el “Todo se pasa” teresiano entre dos anagramas JHS.

En los grupos de tres ventanas, de la planta baja, la reja de la central tiene el nombre de Jesús; las laterales, en ondulación vertical, simbolizan el amor de la Santa hacia Jesús.

Las dos verdugadas de ladrillos que recorren las fachadas están decoradas por pequeños cuadrados de cerámica barnizada con el anagrama de Jesús en relieve. El cuerpo saliente, entre los dos pisos superiores, tiene, también en relieve, el escudo de la Compañía de Santa Teresa de Jesús coronado por el birrete doctoral. Este escudo central ha sido reconstruido después de la guerra. Escudos menores se repetían en los ángulos del edificio. Actualmente, sólo se conserva uno de ellos. Corona cada uno de los ángulos la característica cruz de Gaudí, símbolo de vida.

La inicial del nombre de Teresa decora los calados de la baranda. Las almenas estaban coronadas por birretes doctorales que desaparecieron durante la guerra civil. Por último, la inicial T aparecía en las manillas de todas las puertas del edificio. “En el exterior del edificio se cuentan actualmente cuatro cruces angulares más la de la cancela. Ciento veintisiete veces el nombre de Jesús en cerámica y treinta y siete veces la inicial de Teresa en cerámica, seis en hierro forjado y nueve las iniciales ST en el mismo metal” (23). Noventa y cuatro eran los birretes desaparecidos y cuatro escudos, uno de los cuales ha sido reconstruido, como se señaló anteriormente.

Mano de Oro: Enrique de Ossó, sacerdote y teresianista

1. M. C. RAMOS SERRANO, *Gaudí, Colegio Teresiano de la calle Ganduxer*, trabajo para el Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Barcelona, p. 7.
2. E. DE OSSÓ, *Casa Colegio General de Estudios...*, RT, 1887-1888, pp. 247-248.
3. *Ibd.*, p. 250.
4. Carta a Saturnina Jassá, San Gervasio, 15-5-88.
5. E. DE OSSÓ, *art. cit.*, p. 250.
6. *Ib.*, pp. 301-302.
7. RT, 1888-1889, pp. 39-40.
8. *Ib.*, p. 99.
9. *Ib.*, p. 158.
10. *Ib.*, p. 193.
11. Carta a Rosario Elíes, Jesús, Sábado Santo 1889.
12. RT 1883-1884, p. 188; cfr. también RT 1882-1883, p. 74 y RT, 1886-1887, p. 92.
13. Cfr. carta a Saturnina Jassá, Jesús, 30-IV-1885.
14. Cfr. A las Hermanas de Vinebre, Barcelona, 20-VI-89.
15. Carta a Rosario Elíes, San Gervasio, 4-VI-91; Cfr. también Carta a Rosario Elíes, Fiesta del Corazón de Jesús, 1891.
16. RT, 1888-1889, p. 224.
17. E. DE OSSÓ, *Cartas*, Barcelona, STJ, 1969, Carta nº 410.
18. *Ib.*, Carta nº 420.
19. Cfr. Carta a la Superiora General y Consejo, Jesús, 17-I-1892.
20. Carta a las Hermanas de Vinebre, Barcelona 20-VI-1889; cfr. también *Cartas*, ed. cit., carta nº 414 y Carta a las de Vinebre, Jesús, 8-VII-1889.
21. Carta a Rosario Elíes, Jesús, 3-II-1892.
22. RAMOS, p. c., pp. 16-17.
23. RAMOS, o. c., p. 15.